

Cuando describo lo indecible, estreno lenguaje.

Una montaña de sonidos golpea mi diafragma.

Respiro alejada del tiempo,

inundo de otros la habitación. Invoco esa caligrafía invisible  
que antes de habitar el papel aspira a un lugar en mi instinto.

Cuando habito lo indecible no pertenezco a lo nombrado,

un ímpetu invasor domina el espacio limitado a mi influencia.

Avanzo hacia el mundo de los nombres sin anclajes familiares,

sin paréntesis a la espera de un significado por asignar.

Cuando vivo en lo indecible, dejo de ser.